REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 5 | San José de Costa Rica, Lunes 1º de Enero de 1923 | No. 15

Palabras de un maestro de escuela

Carta al Sr. García Monge

Mi querido don Joaquín:

A fuerza de traerlo y llevarlo en comentarios que, o lo elevan con exceso o lo achatan demasiado, me obligan, amigos y malquerientes, a publicar el discurso, mal hilvanado, que pronuncié en el reciente acto de clausura de la Escuela Normal.

La generosa buena voluntad con que Ud. acoge trabajos míos, brinda el campo necesario para hacer y comentar las declaraciones principales de aquel discurso. Como lo hice a base de un simple plan se me dificulta ahora la verdadera reconstrucción y la que presento, a más de alterar, seguramente, muchas palabras, contendrá el comentario o la ampliación de algunas.

El discurso viene a ser, así, una serie de apuntamientos, si se quiere, que no harán sino deslucir la obra de su revista.

Reconocerá Ud., a primera vista, que mis afirmaciones carecen de la importancia que se quiere atribuirles y que no han ido más allá de ser, en conjunto, una de tantas exhortaciones a los jóvenes que en la Escuela solemos hacer y que son uno de los medios de trabajo de ella.

Sí me place advertir que poco a poco se alcanza lo que tanto hemos deseado: que las fiestas de los colegios procuren asociar al regocijo la oportunidad de ofrecer a alumnos, padres, y ciudadanos en general, el mensaje de las aspiraciones de que se sustenta la obra que les corresponde construir.

* *

Y de ello hablé en primer término. Los actos de clausura como los de inauguración de cursos, más que fiestas, deben ser actos de exposición de problemas y tendencias, por medio de los cuales las casas de enseñanza muestren los propósitos y las inspiraciones de su vida.

E insistí en que uno de los méritos de la actuación de la Escuela Normal consiste precisamente en el empeño con que se ha propuesto sugerirles a los alumnos, y a sus padres y tutores, el concepto de la capacidad en que están y de la obligación que tienen, de cooperar en la tarea de perfeccionamiento de la institución. Esta no debe ser considerada simplemente como un colegio, sino como el instrumento importantísimo, de cuya eficiencia puede depender la formación del magisterio dentro de las normas de aptitud que las necesidades del país demarcan. El problema de la Escuela Normal es nada menos que el problema de la educación del maestro, y en lo tanto, el mismo problema básico de la cultura nacional, cuyas trascendentales relaciones con la totalidad de los grandes problemas de la nación, nadie puede ignorar. Insistí, todavía, en que una preocupación de los alumnos, de la Normal y de cualquier colegio, debe ser la de contribuir con sus mejores fuerzas, con su misma actitud de alumnos, y por conveniencias superiores de su propia educación, a perfeccionar el trabajo del establecimiento. Dije que los padres deben apoyar con amor todos los esfuerzos con que sus hijos traten de darle realidad a aquella preocupación. Y que los colegios que cumplen su tarea por aparte del impulso que surge de las aspiraciones del alumnado, se condenan al confinamiento en la zona del pasado. Es claro que el cultivo de aquella preocupación en el ánimo de los estudiantes, debe ser parte de la labor de los colegios.

* *

Me referí luego al trabajo de la Escuela durante el curso que aquella noche quedaba clausurado. Me referí a eso sin el detalle conveniente, que no era oportuno, sino de manera general, y para formular la afirmación de que tal trabajo fué, al mismo tiempo, pésimo, bueno y admirable. Así es. Pero no sólo por referencia al aspecto que se juzgue; sino según que, al analizarlo en todas sus fases, se penetre o no, en el análisis de los valores fundamentales de la institución, y según que se determine o no, la importancia que cada uno de ellos ha adquirido por virtud del trabajo ejecutado.

Una escuela, que es una época vasta de la vida multánime de una juventud, puede juzgarse como si se tratara de la vida de un hombre, y, como lo decía un pensador, como si se juzgara a un pueblo.

Hablé de lo que a mi entender es admirable y digno, sin fingir modestia, de todo elogio: el esfuerzo de un gran grupo de alumnos, a veces abnegado; el esfuerzo, a veces abnegado, de un grupo de profesores; los impulsos de iniciativa, los entusiasmos de cooperación y de servicio; el surgimiento de ideales; las horas de trabajo intenso y alegre; la acentuación de tendencias que entrañan clara conciencia profesional o cívica, etc. etc.

Hablé de que la labor, en cuanto representa un resultado concreto en el sentido académico, puede calificarse, en general, de buena, si se toman en cuenta los múltiples obstáculos a ella opuestos: la pobreza de los alumnos, la mala distribución en las aulas, la distancia de tantos hogares cuya cooperación hace falta, a veces con urgencia; la carencia de material; de medios que permitan establecer una organización realmente técnica, etc. etc. Las grandes dificultades, pues, de tantas escuelas nuestras, que se hacen sentir hondamente en la Escuela Normal por las especiales circunstancias que en su actividad se reunen, y que, en presencia de las funciones y responsabilidades que le incumben, muestran en ciertos momentos y aspectos, caracteres de alarmante gravedad.

Aludí—y esto parece causar alarma entre nosotros—al peso de rutina con que estorban tantas de nuestras leyes de educación, unas inadaptables a las actuales necesidades y condiciones, por anticuadas, y otras, por otras causas. Mucho hay que decir a este propósito y mucho convendría decir. La legislación educacional del país es problema de alta importancia, cuya situación revela, acaso mejor que la situación de las escuelas, qué lejos estamos de incorporar a nuestras actividades políticas las energías de construcción social en que expresa su vitalidad y denuncia sus rumbos una política pedagógica, cuando ella es el instrumento de una efectiva aspiración nacional. Y el espíritu dentro del cual suele hacerse la interpretación de esas leyes, descubre, a las veces, causales de tan grave error que ya es tiempo de que maestros y profesores se empeñen en la solución del problema. Necesitamos leyes de educación armonizadas con las necesidades de la educación en el país, y no leyes originadas en las transitorias conveniencias de los gobiernos.

* *

Y hablé de la labor pésima. De que la Escuela no ha enriquecido, o si lo ha hecho, es en insignificante proporción, su aptitud o capacidad de progreso. En mucho, sus problemas antiguos son sus actuales problemas. Sus problemas de comienzos del curso, son sus problemas de fines del curso. Claro es que hay en las escuelas problemas que forzosamente subsisten y problemas que incesantemente se renuevan, de ordinario para complicarse. Estamos en las escuelas ante el problema del hombre, cuyo máximo problema es el hombre mismo. Pero hay problemas que deben ser resueltos porque

de ellos depende el progreso de la institución, y la subsistencia de ellos además de significar debilitamiento y hasta paralización de la capacidad de progreso, comporta el riesgo de convertirse en impulso retroactivo. Por supuesto que no es dable intentar la resolución simultánea de todos los problemas, ni siquiera pensar en confrontarlos siguiendo el orden que la propia lógica de los hechos respectivos aconsejaría, ni posible tampoco proyectar la resolución de ciertos problemas que, por circunstancias diversas de la Escuela misma, o bien del país, o de la ciencia educacional, no parecen ser accesibles.

Pero es gravísimo que una institución de esta naturaleza, dada la trascendencia de sus funciones, permanezca atada a la incapacidad de transmutar en formas de organizanización y trabajo, las convicciones que su creciente experiencia determina. Una escuela debe crecer constantemente, en obediencia a las líneas de fuerza que sus necesidades trazan. La Escuela Normal, aseguré, está imposibilitada por sus actuales condiciones para desenvolverse conforme su finalidad lo requiere; y, sin duda con exaltación, afirmé que difícilmente hemos comprendido en el país qué es una Escuela Normal. Y pensando en que urge comprenderlo, con la vehemencia de quien sueña en la hora de bellas realizaciones, me dirigí a los alumnos instándolos a sentir la ilusión de llegar a ser ellos los que un día edifiquen para Costa Rica la gran Escuela Normal, que habrá de ser madre de nuestro futuro y superior estado de civilización. Me dirigí a los que permanecen, y a los que aquella noche asistían a la última lección, a los nuevos graduados. Y les dije que debían sustentar, con savia del corazón, el ideal de influir activa y profundamente, por medio de la escuela pública, en la opinión del país, para contribuir a crear los estados de conciencia que hagan posible la fructificación de tales ansiedades.

Los gobiernos deben vincular su gestión íntimamente a las exigencias del problema educacional. Los gobiernos deben encontrar en él la más fuerte inspiración de su conducta. Necesitamos gobiernos que ostenten esta fe, en primer lugar, entre las credenciales de su legitimidad. Esta, más que de la ley, debe nacer de la capacidad para satisfacer las grandes aspiraciones nacionales, y, de preferencia, de la capacidad para organizar fundamentalmente la educación del país, que es la esencia de su vida espiritual, es decir, de su vida como estadio de aptitud para servir a los intereses de la fraternidad humana. La civilización al renovarse, como una corriente, escoge el cauce por razón de la resistencia que encuentre y la que ahora se renueva, simplemente determinará, por siglos, la posición en el mundo espiritual de todos los países. Unos quedarán como piedras, al borde de la gran corriente; otros, sirviéndole de puente, se llenarán de luz las entrañas y éstos estarán más cerca de ser felices. E invoqué a los grandes de América, a Bolívar y a Sarmiento. Pude haber recordado a muchos otros; pero aquellos bastaban a iluminar la pobre palabra del maestro de escuela que quería hacer sentir la grandeza de la educación. Pero era demasiada la luz para mis ojos y apenas pude presentir al uno derramando libros y escuelas en las grietas de los Andes para que de aquellos surcos brotara el pueblo argentino. Y apenas si logré adivinar la actitud en que el otro, acariciando la espada resplandeciente, pensaba en las escuelas que transformarían en luz la sangre derramada, para que así, tras la independencia, que era el parto, apareciese la democracia, que era el porvenir!

* *

La hora parece predestinada. El ejemplo viene de todos los grandes países. En América la hora es propicia. El eje de la civilización, en efecto, como el del planeta cambia de oriente, y se diría que los signos zodiacales de una gran evolución social, acaso cósmica, enmarcan con los más benéficos augurios al continente en que nuestro país ostenta su tienda de paz. No en vano hombres de la visión de un Lugones sueñan que en América revivirá en plano más alto, el clásico espíritu de belleza.

México, por ejemplo, se reconstruye y engrandece en las aulas de sus escuelas. Lo admiramos erguirse en gesta de sembrador, consciente de que el porvenir sólo arraiga en los campos de la cultura. Hay sabiduría en ello.

No es ya la diplomacia la que lleva los mensajes de fraternidad de pueblo a pueblo. Ella, que en nuestros países suele ser ignorancia enguantada, reclúyese en menesteres de cortesía en el mundo oficial, o bien teje y desteje, sin la fidelidad de Penépole, convenios y tratados en torno de la ley, pero al márgen de la fecunda inquietud en que los trabajadores de la cultura forjan aspiraciones, devociones e ideales.

Gabriela Mistral viene de Chile a México, y Einstein y Mdme. Curie, de Europa a Nueva York. Y mil y mil otras rutas, hacia todas las direcciones, recorren otros hombres, todos en la noble peregrinación que va en pos de los horizontes de la renaciente aurora.

* *

Y hubo que precisar los caracteres de una Escuela Normal, naturalmente que no como casa de enseñanza, sino como fundación social. Esto urge repetirlo mucho. La Escuela Normal no es, no puede ser, un establecimiento de enseñanza pre-universitaria; ni cabe, pues, confundir sus fines y medios de acción con la finalidad de los colegios secundarios. Es una escuela profesional, pero de tal naturaleza que se convierte en la escuela democrática por excelencia.

El lugar de las escuelas normales estará por mucho tiempo en el centro del movimiento constructor de la democracia, sirviéndole de núcleo. He dicho muchas veces que la función social de esta educación es doble: dentro de la fórmula del estadista Wilson, contribuir a preparar al país, por medio de la escuela común, para el sano ejercicio de la vida democrática; dentro de la fórmula del educador Bagley, concurrir a preparar la democracia para adaptarla a la vida del país. Los objetivos concretos de una escuela normal plantean un profundo problema sociológico. La transmisión o comunicación de conocimientos no puede ser el objetivo exclusivo. La vida de un pueblo, decía Ernesto Nelson, es algo más que libros, ideas y conocimientos. Estos, adquiridos sin la directa intervención de la actividad conciente del alumno, sin el ejercicio de la responsabilidad implicada en la aplicación real de los mismos, carecen de influencia en la deseable formación de hábitos, en la adquisición del desarrollo de ideales y apreciaciones propicios al desarrollo de la personalidad del alumno. Los conocimientos adquiridos como suelen serlo, a más de inestables, son propensos al dogmatismo, ineptos para concurrir a determinar superiores orientaciones de la conducta, expresivas de una voluntad fuerte, de una sana y delicada emotividad, de una clara concepción de las propias responsabilidades, de una heroica lealtad a las íntimas convicciones. Hemos olvidado que los conocimientos deben ser agentes de autonomía espiritual. Que la instrucción debe constituir alrededor del estudiante un ambiente lleno de oportunidades para el independiente ejercicio de la propia individualidad, ambiente en constante renovación, susceptible de transformarse, enriqueciéndose, a la presión de todas las inquietudes, devociones e iniciativas del alumno.

En el caso de una escuela normal todo ello se complica y torna profundo por la necesidad de que la instrucción exponga o contenga el fruto directo de una subyacente conciencia de los problemas, posibilidades, necesidades y orientaciones del país, en cuanto se aspira a que el maestro y la escuela pública colaboren derechamente en la formación de las instituciones y de los hom-

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de la prensa hispánica. De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	₡ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)	3-50 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

bres que han de expresar, como al porvenir convenga, la vida de ellas.

* *

Hubo necesidad de volver a decir cuán lejos de tan elevada situación está todavía nuestra Escuela Normal, la que, por ahora, con dificultad alcanza a tener la visión de sus elementales problemas. Se les habló a los jóvenes de que deben salir de las aulas a las aulas, a luchar tenazmente en pro de estas distantes conquistas. Lucha noble, lucha heroica, lucha incesante, pero lucha. No conformismo. No pasividad. Si para que la lucha tenga un escenario digno de su importancia es preciso ascender a las alturas del Poder Público, ¡que asciendan los jóvenes! Lo cual no presupone, como se ha querido creer, nada que diga relación con bandería de politicantes, pues lo importante no es el Poder, sino el gobierno, y el gobierno puede hacerse desde la llanura. Sin contar que lo más honesto, por lo común, es no aspirar al ejercicio del Poder. Mas, si los jóvenes sueñan con él, que se preparen, con tan sería, con tan levantada preparación, con tal anhelo de servirle a su país, que en sus manos el Poder deje de ser prebenda para convertirse de verdad en institución. La juventud intelectual aspira a dirigir los destinos del país. Está bien. Tiene el derecho, pero debe estar segura de poseer la preparación. Las leyes, por sí solas, desgraciadamente no la dan. Y estas palabras, ni entrañan reproche, ni entienden afirmar razones procedentes de móviles personalistas.

El más grande yerro de nuestras orientaciones, estriba en imaginar que el aprendizaje de leyes comporta de necesidad la preparación intelectual que el estudio de los problemas sociales exige. Ni la intelectual, ni menos la moral que la acción cívica requiere y que resulta de consagrar la vida, siquiera modestamente, al cultivo de un lote de intereses nacionales.

Juventud intelectual son también los maestros de escuela que, sin títulos ostentosos ni afán de publicidad, elaboran en la colmena de las aulas mieles de cultura y de civismo. Y mal hacen los intelectuales al olvidarlos; y mal hacen los maestros en dejarse postergar. Y ustedes, les decía yo a los jóvenes, conviene que reconozcan su derecho a formar parte de una más amplia juventud intelectual. Como conviene que conciban el deber de renovar el sentido de la intelectualidad en la juventud, exaltando, hasta elevarla a plena luz, la fuerza, ahora retenida, de los motivos puramente espirituales. Los altos motivos de acción de hombres y pueblos. Contra las ambiciones, las aspiraciones. Contra las conveniencias, los ideales. Contra las ficciones, las realidades. Contra la búsqueda de honores, la conquista soberana, a través de nuestra propia vida, del dominio de aquellas altruistas determinaciones del espíritu que se nutren con sangre de sacrificio.

* *

Salgan a luchar, ustedes y los alumnos de todos los colegios, sin ánimo de rivalidad que los divida, sino con ansias fraternales que los asocien y vigoricen. Y únanse a los que salieron antes de las aulas y ya recorren el largo camino. La lucha que los espera atesora tras el dolor del combate, bellas glorias ávidas de coronar la frente de un hombre superior. Si al gobierno han de llegar, allá vayan, con grandeza. Si la única manera de operar la mutación de las circunstancias de que aparece rodeada la situación del país, es llegar al gobierno, hasta a él lleguen, a fin de probar si así, en manos de maestros, ascienden las escuelas a ocupar la posición de gloriosa preeminencia a que están destinadas.

Pero rompamos la ilusión de que los gobiernos, por ser gobiernos, poseen los dones de cuyo ejercicio depende la sabia dirección del país. Los gobiernos, como lo están ahora para dirigir la educación, están incapacitados para dirigir la opinión pública. Cuando más, pueden reflejarla tan mal como un espejo roto. Falta conciencia cívica en las masas. Faltan ideales de nación. Faltan propósitos de construcción social. Falta patria, que es alma, en el concepto de Renán, y no nos engañemos acarreándonos la deshonra de ocultarlo. Desdichado patriotismo, apenas propio para satisfacer los convencionalismos de la intriga aldeana, el que para amar miente.

* *

También en el país hay voces privilegiadas que concitan a los maestros al combate definitivo por la luz. Oíganlas los jóvenes. Y cito a don Ricardo Jiménez, dije, pensando en el varón de alto pensamiento y en el ciudadano eminente.

Contra el cuartel, ha dicho hace poco, repitiendo la antítesis, la escuela.

Sí, contra el cuartel, la escuela. Y el cuartel en Costa Rica, no es la casa de las armas, sino un estado de espíritu, amenazante y cruel. Hay que ir contra el espíritu cuartelario, presente dondequiera que la fuerza o el subterfugio traicionen al derecho o atenten contra su predominio, y dondequiera que la libertad del pensamiento sufra coacción o menoscabo.

Cuartel es el egoísmo con que se discuten los problemas económicos. Cuartel es la avaricia que le roba oro a la empresa de cultura. Cuartel es el dogmatismo. Cuartel es la ignorancia. Cuartel es el fraude político. Cuartel es la escuela misma si encadena al hombre.

En nombre del cuartel se quiere derruir la segunda enseñanza, defendida, con frase que lo honra, y que no mencionaría, si no lo creyera, por el señor Presidente.

Encontrarán ustedes el error de que una Escuela de Agricultura salvaría al país. Que la haya, no importa. Pero sólo servirá para decorar con diplomas a los hijos de los ricos. Educación agrícola, sí, pero eso es otra cosa. Y educación higiénica también, y educación industrial y educación cívica, pero todo como obra de una escuela común más amplia que la que poseemos.

* *

Se debe analizar, audazmente, a todo fondo, la opinión de tantos hombres que influyen con su criterio en el establecimiento de normas de conducta política. Escudriñen los jóvenes esos pareceres, sin temor y descubrirán que muchos de los ídolos del corrillo y de la antesala pre-eleccionaria, son sin duda hombres honorables y de méritos en el orden de sus actividades, pero los cuales, inflados por la adulación, cobran, a base de alto coturno, proporciones excesivas e incurren en el pecado de opinar, a gran orquesta, con tono de sentencia inapelable, sobre muchos problemas que no han estudiado seriamente.

No se dejen seducir los jóvenes, ni por el yerro extraño ni por el propio; y muéstrense dignos de inspirar algún día ellos la fe que a otros nieguen.

En el campo de la educación algo semejante sucede. Todos conocen el problema, unos porque estudiaron leyes, otros porque tienen fincas. El campo es inmenso, los surcos tienen sed y hambre de simiente. Hasta ahora, unos pocos hombres han arado y sembrado, algunos eminentes. Algunos han obtenido cosecha envidiable. Mas queda, para los jóvenes, mucho que hacer, y desventurados serán si se conforman con ir a repetir lecciones en una aula. Hay que crear. Hacer algo más, siquiera insignificante. Está casi todo por hacer. Estamos en la época de las opiniones personales y urge llegar a la época de las organizaciones técnicas. Técnica con vida, de creación y no de rutina, de ciencia y no de prejuicio. Estamos en el plano de la imitación, y hay que ascender al plano de la creación. Estamos en el plano de las desordenadas vacilaciones, y hay que ascender al de las construcciones firmes. Prepárense los jóvenes, con tesón, con ardor, con persistente decisión de victoria.

* *

Se les dijo de cómo crear algo por pequeño que sea. De tener todos confianza en sus fuerzas y de sentirse aptos para realizar al menos un esfuerzo humilde. Que hagan sonreir a un niño, porque lo hayan hecho sentirse dichoso, ya sería una obra, humildísima es cierto, pero comunicada interiormente y en lo superior, con aquel espíritu

que, según Whately, debe guiar la faena de las escuelas: hace felices a los niños.

Hacer felices a los niños y hacer dichosos a los hombres en el porvenir de los niños.

Se les aconsejó acerca de su vida. Ello trajo el recuerdo de Tennyson, allí donde el verso iluminado canta el respeto de sí, el conocimiento de sí, el dominio de sí. «*These three alone lead life to sovereing power*».

Se les aconsejó una vez más acerca de educación. Dos brevísimas síntesis fueron presentadas al respecto: el niño y la sociedad.

Se les confirmó que no deben salir de la escuela ilusionados con el entusiasmo de que llevan la preparación necesaria. La Escuela no posee las condiciones que para darla ha de reunir. Pone en manos de los hijos una semilla y desea con todo su amor de madre que la planten bajo la estrella propicia. Ojalá que del gérmen sencillo brote una aurora maravillosa.

Extraña a las gentes que se hable de las deficiencias de la Escuela. Es deber. ¡Desdichadas las instituciones perfectas! Y extraña que se diga que los que en la Escuela trabajamos, seríamos los primeros en aplaudir a los hombres que sustituyéndonos, sirvieran de tránsito a la corriente de progreso que las aulas esperan de una organización más eficaz. Y extraña que se diga que el Estado no puede aspirar a formar los maestros que necesita, mientras no tenga las escuelas normales que tal vasta empresa reclama. Y extraña que se diga que en este país, a cambio de mostrar resultados externos sintetizados en promedios de promoción, bien pueden permanecer ocultos los méritos más altos y las deficiencias más graves de un colegio, sin que haya suficiente opinión ni suficientemente preparada, para reconocer los unos ni corregir las otras.

* *

Se les dijo ¡adiós! por fin, con el cariño, con la emoción que el maestro siente intensificarse en su entraña dolorida, al alejarse los alumnos y quedarle a él, atenuada por el fulgor de la gratitud, la amargura de los errores que cometió. Son tantos y tantos los errores en que incurrimos cada día en una escuela! Y a las veces son tan grandes, pero de tal modo inasibles, que muy tarde comprendemos que con el golpe de una hoja de hierba hemos roto quizá el ala de un cóndor.

Adiós! Los rumbos se dividen. Sigan el de ustedes con el pecho abierto a las tentaciones del porvenir, cual una vela a la atracción de los vientos.

Como en el ritual de los pitagóricos, saluden, orando, la aurora, con la ansiedad de ser, en la conciencia de nuestra juventud, aurora del espíritu.

El Prof. Carazo, en una fiesta íntima, había exhortado a los alumnos a querer ser algo como un Sarmiento, como una Gabriela Mistral. Al decirles las palabras finales de despedida repetí con vehemencia la instancia, hija también de mi corazón.

Separémonos como para no volvernos a encontrar nunca, en el concepto de que cuando las rutas nos reunan de nuevo, no pueda la Escuela reconocerlos porque hayan llegado a ser tan grandes en el alma o en la vida, que la Escuela exclame asombrada: No son los mismos! Aquel joven que ahora es robusto como un Sarmiento, no puede ser el mismo niño que años hace cruzó el pórtico. Aquella mujer que ahora es apóstólica como Gabriela Mistral, no fue mi discípula.

Tan alta obra, superior a la de todas las escuelas, sólo Dios puede forjarla en el alma de las juventudes que crecen amando la verdad!

OMAR DENGO
Director de la Escuela Normal de Costa Rica.

Heredia, Dic. 1922

Urbanismo (1)

POR EL DR. F. CARRARA JUSTIZ

Profesor Titular de Gobierno Municipal e Historia de las Instituciones Locales de Cuba

[Se reproduce este valioso estudio con el ánimo y la esperanza de que lo lean y reconsideren los regidores municipales de Costa Rica que sean ilustrados y progresistas].

El objeto de este trabajo es documentar en Cuba la existencia de una nueva disciplina científica, que tiene ya carta de naturaleza donde quiera que hay una avanzada cultura, y es la Ciencia Municipal o Ciencia del Urbanismo.

En todos los países que llevan la iniciativa en los progresos del mundo, este movimiento de ideas científicas ha pasado ya del campo meramente doctrinal o académico, al docente oficial y al legislativo. Acontece, por esto, que en número cada vez más creciente, se encuentran ya, en muchas partes, urbanistas titulados—si no con ese nombre con otro análogo—como carrera especial de múltiples aplicaciones técnicas y prácticas, en la gobernación del Estado, en la del Municipio y en las grandes corporaciones y empresas; títulos otorgados por Facultades de Urbanismo en las Universidades de Londres, Liverpool, Berlín, Harvard, New York, o por las Universidades exclusivamente municipales de Dusseldorf, Frankfort, Cincinnatti, Toledo, Akron o sus análogas recientes de París y Bruselas. Y es preciso que en Cuba estemos apercibidos para que no nos sorprenda, como nuevo, ese movimiento y podamos incorporarnos a él dignamente.

Cierto es que ha sido para nosotros un paso progresista la ley de 12 de junio de 1906, creando en la Universidad de la Habana una Cátedra de Gobierno Municipal y de Historia de las Instituciones Locales de Cuba, como enseñanza requerida, entre otras, para poder ser doctor en Derecho Público. Y ese fué uno de los motivos alegados en el preámbulo del real decreto español de 1º de abril de 1910, estableciendo en la Universidad Central de Madrid, una Cátedra de Derecho Municipal comparado (2). Pero desde entonces ha sido tan extenso el desenvolvimiento de la Ciencia Municipal, que tomar nota del mismo, para proceder en consecuencia, es tema muy adecuado para un discurso académico, en este acto solemne, en que nuestra Universidad se dirige a las autoridades, a la nación, y se compenetra con las altas instituciones docentes de otros países, en un esfuerzo, por modesto que sea, de cooperación científica.

Cuando para alguien tal vez pueda resultar, todavía, una revelación, la referencia de que existe una Ciencia Municipal, acontece, sin embargo, que, apenas esbozada en el último tercio del siglo XIX, dentro del cuadro del Derecho Público, esa nueva ciencia se ha agigantado, traspasando las fronteras ideológicas del Derecho, para ascender al campo más alto de la Sociología y resultando, ya, estrecho su viejo nombre originario, para comprender la grandeza de su presente contenido, comienza a denominársela Ciencia del Urbanismo. Analizaremos brevemente este proceso, a través de los principales países.

EL URBANISMO CONTEMPORANEO EN LOS ESTADOS UNIDOS.

HACE sobre treinta años que entre los trabajos publicados por la Academia de Ciencias de Filadelfia, se presentó uno que produjo, entonces, cierta impresión de novedad, por su título, «The Study of the Science of Municipal Government», —El estudio de la ciencia del Gobierno Municipal—. Y su autor, el ilustre académico Frank P. Prichard, tuvo la gloriosa

(1) Discurso inaugural del Curso Académico de 1922 a 1923 en la Universidad de la Habana.

(2) Hoy a cargo del sabio publicista Dr. Adolfo Posada. También existe en Barcelona una «Escuela de funcionarios de Administración Local», que es una forma de Universidad Municipal.

iniciativa de lanzar el nuevo concepto que, andando el tiempo, había de quedar consagrado, cuando en el año de 1909, el eminente sabio Frank J. Goodnow, al publicar su conocida obra «Municipal Government»[1], prefirió poner bajo su gran nombre de autor, entre los muchos títulos de que podía hacer uso, el de «Profesor de Ciencia Municipal en la Universidad de Columbia».

Posteriormente, el reputado Dr. Howard Lee Mc Bain, en 1916 y 1918, publicaba sus dos muy conocidos libros, «The Law and the Practice of Municipal Home Rule»,—La Ley y la Práctica de la Autonomía Municipal—y «American City Progress and the Law»,—El progreso municipal americano y la ley—poniendo, también bajo su nombre de autor, el título de «Profesor de Ciencia Municipal en la Universidad de Columbia.»

Las distintas ediciones de esos libros, que vienen teniendo amplia circulación por Europa y América, el gran prestigio de sus autores, y la publicación que había hecho en New York, desde 1901, el profesor Robert C. Brooks, de una «Bibliografía de asuntos municipales» evidenciando que en los últimos años se habían dado a la imprenta hasta 12,000 libros y folletos sobre los múltiples aspectos, científico y práctico, del gobierno municipal de salvo conducto, para la nueva Ciencia Municipal que, con ese estupendo respaldo de obras y de autores, tomaba tan brillantemente su puesto dentro de la clasificación científica.

Cediendo a requerimientos fundamentales sobre la necesaria eficacia del Gobierno Municipal, por su intensa trascendencia en la vida de todos los ciudadanos, y reconociéndose que debía ser asunto esencialmente científico el gobierno de las ciudades, por su complejidad técnica y porque de ellas depende, sustancialmente, que la sociedad nacional progrese o degenere—dada la concentración creciente de habitantes en las ciudades como fenómeno alarmante de la vida social contemporánea—comenzó a especializarse en los Estados Unidos, no sólo en Cátedras que han establecido casi todas sus grandes Universidades, sino en colegios de alta educación. Y además, ha cristalizado allí el nuevo tipo docente de la Universidad Municipal, con sus más altas expresiones en la de Cincinnatti, fundada en 1881; la de Toledo, en 1884 y la de Akron en 1903, siendo, en su esencia, una Universidad dedicada al Municipio que organiza y mantiene por sí propio una Universidad.

En una asamblea celebrada en Washington los días 15 al 17 de noviembre de 1915, por la «Asociación de Universidades Municipales de los Estados Unidos», conjuntamente, con con la «Asociación de Universidades Urbanas» del mismo país, decía el Presidente de la Universidad de Boston, L. Herbert Murlin, que «la Universidad municipal es algo natural e inevitable, marcando una era en el desenvolvimiento de la educación americana, de tanto alcance, como lo fué allí, en el siglo XVIII, la organización de las escuelas públicas, y en el XIX, el establecimiento de las Universidades del Estado».

No es sólo que las Universidades municipales en sus cátedras especializadas, eduquen ciudadanos que realicen con éxito, en cuanto es lógico esperar, los asuntos incontables de la vida real, que resuelve el gobierno de la ciudad, en íntimas relaciones con la salud, el decoro y el bienestar de los ciudadanos: sino que ofrecen gratuitamente su cooperación, realizando en su capacidad orgánica científica, un nuevo tipo de servicio educacional, con nuevos métodos de instrucción, resultante de hacer concurrir, en múltiples sentidos, para el bien de los intereses públicos, a la Universidad y al Municipio. Y es esta una dádiva tan hermosa de la presente generación a las venideras, que solamente en el porvenir podrá apreciarse toda su grandeza.

En la evolución universitaria se observa que—salvo excepciones y sin desconocer, respectivamente, su glorioso registro—cada vieja Universidad era una clásica institución recluida en una altura. Después, con las demandas de los tiempos, comenzaron a acercarse al pueblo, y hace unos treinta años se inició el movimiento conocido por «extensión universitaria», que implicaba la necesidad de ofrecer al pueblo todo, un servicio más liberal. Se impusieron entonces, las especialidades de enseñanza, para educar en un mayor número de profesiones, y pasada ya la época en que solo cinco de ellas eran las corrientes, hoy pasan de cincuenta los títulos o diplomas que en muchas Universidades de Europa y América se otorgan, siendo cada vez más creciente, para el progreso y la cultura en general, la demanda de especialistas. Hace un cuarto de siglo eran muy pocas las instituciones en que se enseñara ciencia aplicada, que las llamábamos Colegios de Tecnología o Escuelas Politécnicas, y ahora están en esta vía casi todas las Universidades del mundo, satisfaciendo así las necesidades de los Gobiernos, de las Corporaciones y del país, bajo múltiples aspectos. En el mismo sentido, la Corporación por excelencia, es decir, el Gobierno de la ciudad, y de los aglomerados humanos en general necesitó también especialistas, y surgieron, en casi todas partes, las Cátedras de Gobierno Municipal. Un paso más en este camino, y el enorme crecimiento de las ciudades, su tremenda influencia sobre la cultura nacional y sobre el vigor del Estado, impusieron las Universidades Municipales, que se las considera, ya ante la ciencia y ante la experiencia, como un impulso inexcusable en el proceso universitario general. Sentado así, acontece que en los Estados Unidos, recibiendo esa tendencia, por altos motivos de interés nacional, están, al presente, actuando paralelamente, en sesiones periódicas anuales, dos grandes organizaciones, una, la «National Association of Municipal Universities», y otra la «Association of Urban Universities», para procurar con un atento estudio metódico, el mejor desenvolvimiento posible de esas instituciones, entrañando, todo ello, la solemne afirmación de un hecho, o sea, que se ha impuesto ya la Universidad Municipal en los Estados Unidos.

Simultáneamente, como expresión del avance municipal científico y práctico en aquel país, la Universidad de Harvard, Massachusetts, creó una «Escuela de Arquitectura del Paisaje Urbano»—«School of Landscape Architecture»—para enseñanzas especializadas de las ciencias urbanas, bajo un punto de vista estético, con cursos que duran entre dos o tres años, y a más de enseñar los principios generales sobre el mejoramiento de la ciudad, se acentúan las clases sobre trazado de jardines, y parques públicos; sobre horticultura, estudios de árboles, arbustos y plantas herbáceas, al efecto de saber presentarlos en conjunto artístico. Se enseñan, también, allí, las ciencias físicas y naturales que tienen relación con la estética urbana, y sus estudiantes distinguidos, son enviados, con pensión, a Roma y otras partes de Europa, para perfeccionar sus conocimientos, con el examen de los jardines clásicos, después de ofrecerles durante el curso, paseos científicos en Boston, cuyo sistema de parques y jardines es verdaderamente grandioso y a la primera altura en el mundo.[1]

En New York fué organizada expresamente para la formación intelectual y profesional de alcaldes técnicos—City managers—la «Training School for Public Service», donde los estudiantes aprenden técnica y prácticamente, participando con los profesores en investigaciones y discusiones

(1) New York, The Century C o. 1909.

(1) Official Register of Harvard University—Junio 28 de 1922—Cambridge—Massachusetts.

sobre problemas municipales de gobierno y de administración, para identificarlos más estrechamente con el manejo, la organización y mejoramiento de la ciudad. Su amplio programa de estudios contiene, entre otras enseñanzas, organización de la administración municipal, cartas municipales, relaciones entre la ciudad y el Estado, autonomía municipal, manejo de fondos públicos, formación de presupuesto, contabilidad, obras públicas municipales, limpieza de calles, disposición de basuras, administración de parques, de terrenos de juego y de la policía, mejoramiento de los servicios contra incendios, etc.

Según estadística de 15 de noviembre de 1920, había ya, entonces, en los Estados Unidos, 148 de esos centros especiales de información, de investigación y de enseñanza sobre asuntos municipales—aparte de las Universidades y Colegios de alta educacion — para promover en todos sentidos el mejoramiento y embellecimiento de los centros urbanos.

Sobre eso se ha creado, a través de aquellos Estados, una copiosa legislación, que autoriza o compele a las ciudades a crear organismos oficiales para estudiar y resolver los problemas sobre ensanche y embellecimiento de la ciudad, con la iniciativa más característica en el Estado de Massachusetts, que desde 1913 hizo obligatoria en cada gobierno municipal, una comisión de esa clase—Town Planning Commission—tratándose de los centros urbanos de más de 10,000 habitantes, con prevenciones especiales para casas de pobres, sanas y confortables, a más de lo que se refiere, generalmente, a ensanche y embellecimiento de la ciudad. En cierto modo, se había anticipado en ese progreso, el Estado de Maryland, después del gran incendio de Baltimore, en 1904, siguiendo, luego, la asamblea legislativa del Estado de Connecticutt, en 1907; la de Pennsylvannia, en 1911; Ohio, New York y California, en 1916 y posteriormente Illinois, Missouri, Nebraska, Rhode Island, Minnesota, etc. La capital federal, Washington, tiene, para estos fines, una famosa Comisión—«The Committee on the District of Columbia»—que actúa bajo otra comisión especial del Senado de los Estados Unidos y de la cual forman parte o han pertenecido a ella, hombres eminentes.

Esta Comisión de Washington ha desenvuelto y perfeccionado el plan originario de su fundación, hecho por el famoso ingeniero militar francés—que estuvo en la guerra de independencia contra Inglaterra—Pierre Charles L'Enfant, asociado al ilustre Andrew Ellicott, que le sustituyó después, y gracias a una obra científica y artística de solidaridad, mantenida a través de varias generaciones, hay allí una de las ciudades más bellas del mundo.

(Continuará en el próximo número).

Diplomacia a descubierto

NUESTRO país vuelve a dar una nota de novedad y de consecuencia con ideales predicados pero no practicados por otros pueblos. Cayó Woodrow Wilson víctima del espíritu regresivo, en su país y en el mundo entero, cuando, a la cabeza de sus catorce puntos definitivos del criterio moderno, presentó la tesis de la Diplomacia a descubierto. Cómo Woodrow Wilson, cayeron Clemenceau, y hasta Lloyd George, después de muchos esfuerzos y grandes equilibrios. Con ellos cayeron la idea nueva y los nuevos principios, encabezados por ese tan democrático, tan razonable, pero para los privilegiados tan peligroso, OPEN DIPLOMACY, Diplomacia a descubierto.

Implica la Diplomacia a descubierto una cierta hidalguía internacional, una franqueza y un juego limpio que no se compadecen con los métodos medioevales todavía preponderantes en todas las negociaciones entre pueblos. Implica, sobre todo, el poner al pueblo en medio de todas las discusiones, enterándolo, ya que será él quien al último dirima contiendas y pague el gasto, de cuanto se propone y cuanto se negocia. Implica claridad y rectitud; excluye los espionajes, los sobornos, las tergiversaciones y las presiones obscuras y por bajo de cuerda para obtener ventajas inmorales y fuera de todo derecho; excluye la intriga y la conquista, es decir, elimina los mentidos derechos de conquista y del más fuerte, para dejar en pie sólo la fuerza del derecho.

No era fácil que los pueblos viejos cambiaran hábitos de centurias, y en Europa primero, en el «Grand Old Party» americano después, fracasaron los altos ideales de Woodrow Wilson, dejando en la brecha un puñado de entusiastas que, sacrificando posición social y política, se han lanzado a predicar y explicar los nuevos principios y las nuevas tendencias internacionales, bases únicas de paz universal. En nuestro país ocurre lo contrario: suelen ser los llamados órganos de la opinión pública los que insisten en la regresión; quieren que volvamos a los métodos de gobierno y de negociación internacional que privaron hace medio siglo bajo ciudadanos que nacieron hace quince lustros. Y es la administración—sobre todo lo que en ella predomina de gente nueva—la que, desafiando esos órganos de la vetusta malignidad, pone en práctica, precisamente, los principios que, predicados por idealistas, fueron desechados por los políticos prácticos de otros países.

El Gobierno Americano, siguiendo sistemas propios de una provincia italiana en el siglo quince, adquirió documentos en preparación de una de nuestras Secretarías de Estado, y participó a nuestro Gobierno que no serían aceptables los términos en que se hiciera la reglamentación de ciertos artículos constitucionales. Grave error, considerado desde los más altos puntos de vista del derecho, desde los más altos y desde los más modernos: el del dictamen previo. Sin contar con el error mayúsculo de no permitir a un pueblo libre que se dé las leyes que más le convengan. Por lo visto, México primero, Cuba y la América Istmica después, y luego el resto del continente, podrán darse sólo las leyes que convengan a los americanos. Domina el espíritu imperialista, según eso, en el vecino país. El Partido Republicano, en el fracaso de su gestión, desearía llamar al espíritu imperialista en su auxilio; pronto sabremos cómo se toma esta torpeza y este atropello por la opinión pública americana. Quizás serán el derrumbe del Partido, y otra vez el Democrático tendrá oportunidad de seguir la ruta marcada por el Presidente Wilson. De todas maneras, nuestro Gobierno, poniendo en práctica el moderno principio de Diplomacia a Descubierto ha sabido que el pueblo mexicano esta unánime con él, y pronto sabrá la repercusión del incidente en los gobiernos europeos.

18 de Nov. 1922.

(El Mundo, México D. F.)

Los grandes de América

El refugio de Leopoldo Lugones.—El fangal de la política.—Qué es el amor?—"La Protesta Humana".

A Leopoldo Lugones lo conocía yo, no sólo como un gran poeta y un gran artista de la forma, sino como uno de los más valiosos elementos de aquel grupo entusiasta e intelectual que en las columnas de *La Protesta Humana* lanzó las primeras voces de aliento contra la burguesía imperante aún en la Argentina y clamó por un orden lleno de justicia y de amor.

Este periodiquillo, en el que Lugones hizo sus primeras armas—si armas pueden llamarse las primigenias manifestaciones de un espíritu artístico—es el que ha sufrido más vicisitudes y tropiezos en la política porteña. Fué antaño candente y jugoso, y tuvo toda la valentía de sus creadores. La ignorancia lo apedreó, los intereses creados lo persiguieron y escarnecieron, y la «hoja escrita con sangre» cayó poco a poco en el desconcierto... Sus hombres se dispersaron como las hojas de un árbol que se seca... Hoy esa publicación es una hojilla insignificante. La palabra *humana* ha desaparecido y el diario se llama tan sólo *La Protesta*... Resultó en verdad poco humano luchar contra la corriente de la estupidez.

EL RETIRO DE LUGONES

CUANDO llegué a la Argentina, noté que los antiguos entusiastas de la renovación social se habían dispersado y retraído, víctimas del desencanto. Ghiraldo emigró a España, Ingenieros se encerró en su erudición filosófica barnizada de ingenio propio, Lugones convirtió su rebeldía contra la injusticia en rebeldía contra la insensatez de los hombres.

Cuando pregunté por el «poeta máximo», como aquí se le llama oficialmente, supe que era un retraído, un aristócrata de la belleza, oculto, no en la manoseada torre de marfil, sino en un palacio de dignidad.

En este país de los millones, de las grandes cosechas y las innumerables cabezas de ganado vacuno, el poeta máximo es tan sólo el bibliotecario del Consejo Nacional de Educación.

Allí acudí a conocerlo. La biblioteca está llena de rostros jóvenes inclinados sobre los libros abiertos. A la derecha se divisa un salón donde más de cien niños leen con seriedad de personas maduras.

—¿El señor Lugones?—le pregunto a un portero.



Caricatura de LEOPOLDO LUGONES.

(Tomada de *Cromos*, Bogotá).

—Voy a ver si está—me replica él recibiendo mi tarjeta. A los pocos segundos regresa y me hace señas de que lo siga. Llegamos a una puerta cerrada, el portero saca de su bolsillo una llave y abre la cerradura. Al momento puedo comprender que Leopoldo Lugones es un prisionero de su tranquilidad.

¿POETA O SOCIOLOGO?

VI una estancia espaciosa. En mitad de ella, sobre una mesita, una cafetera de plata. Al fondo un canapé forrado en cuero carmelita oscuro. Di un paso adelante y salió a recibirme muy sonriente y atento, con la mano extendida, un hombre de faz delgada, bigote negro caído sobre el labio y unos anteojos achatados que daban a los ojos oscuros ese aspecto que presentan cuando se hallan a medio abrir.

Leopoldo Lugones no es sin embargo un miope. Al contrario: ve demasiado lejos. Su mirada es ardiente, franca. En ella nunca mariposean el sarcasmo ni la ironía.

Y lo mismo que sus ojos son sus palabras.

—Siéntese usted... Cuánto me agrada ver por acá a una persona del gremio, venida de otros mundos.

—Mi deseo de conocerlo era inmenso... Mejor dicho, no de conocerlo, sino de oírlo y de verle la cara.

El sonrió confidencialmente y me señaló de nuevo una silla.

Y le dije lo más adecuado que encontré para comenzar:

—Cuando salí de Colombia, recibían allá con grande entusiasmo la noticia de que usted iba en calidad de Ministro Plenipotenciario.

—¿Quién será el que se encarga de echar a rodar esas noticias?... Yo no puedo ir a Colombia ni a ninguna parte con misión diplomática, por la sencilla razón de que no soy político ni deseo ver nada con la política... Mucho menos tratandose de un país como éste, que tiene la política más detestable que pueda conocerse.

Noté que el diálogo tomaba mal camino, pues mi deseo era hablar de arte; pero Lugones se explayó en el tema con un desborde de locuacidad.

—Aquí, por desgracia, ha caído un azote: la democracia. En este país la democracia lo está echando todo a perder. Esa forma de organización social no sirve todavía para nuestras naciones, donde el pueblo se halla en una ignorancia crasa... Aquí ha llegado a mandar el pueblo... Actualmente se está aplicando la democracia en todo su vigor... ¿Qué resulta de ahí? Que la suerte de todos está en manos de los que no saben ni leer la mismas leyes que pretenden aplicar.

IRIGOYEN EN COLACION...

EL poeta continuó impertérrito:

—Tenemos frente a la nación a un hombre ignorante, semisalvaje, incapaz de manejar ni de entender siquiera los destinos de la comunidad.

—¿Irigoyen?...

—Sí. Es un semisalvaje, un bárbaro, un ídolo absurdo del pueblo... El pue-

blo lo quiere ciegamente, porque ve en este hombre su retrato. Ya le he dicho a usted que este pueblo es un estúpido. Y a los grandes hombres los produce el ambiente; son el espejismo de la sociedad que los encumbra.

A través de estas palabras, en cuyas aseveraciones descarnadas se traslucía el despecho, pude ver la tortura de un espíritu altamente artístico y soñador, obligado a arrojar sus sueños como una presa a la jauría del positivismo imperante.

—La democracia—continuó—está llevando a la ruina a este país. La cosa pública se encuentra en manos de analfabetos. Y tarde o temprano vendrán las fatales consecuencias; porque los hombres cuando sienten la escasez van echando mano de los cartuchos.

—¿Y usted nunca ha actuado en la política?

—Nunca me he estimado en tan poca cosa... Estoy muy bien aquí, en esta biblioteca de segundo orden. Me he consagrado a trabajar por la instrucción dentro de estas cuatro paredes. Sin embargo, es posible que pronto tenga que salir de aquí, porque no poseo la credencial de incapacidad que requieren los puestos públicos en la Argentina. Me conformo con que no me reemplace un analfabeto que destruya lo poco que he podido edificar.

Si yo no hubiera conocido ya más de un desencantado de los que en su juventud rompieron armas contra el orden social existente, habría preguntado a Lugones las causas de su evolución; pero no me fué difícil adivinar en él a uno de los sembradores que acabaron por contemplar la podredumbre de las semillas que dispersaran en el campo estéril de la ignorancia popular.

VALENCIA, DARIO, NERVO...

—Usted estará familiarizado con alguno de nuestros grandes escritores... ¿Qué opina usted de Guillermo Valencia?

—A Valencia no puedo decir que lo conozco, sino que lo «conocía».

—¿Por qué?... ¿Lo considera usted pasado de moda?

—No. Lo considero un hombre que no ha dado todo lo que hubiera podido. Su obra está incompleta... Calló cuando el mundo de las letras esperaba de él las más bellas creaciones... ¿Qué hace Valencia?

—Que yo sepa... anduvo por ahí de candidato para la Presidencia de la República.

—¡Qué bárbaro! Ha debido tener en cuenta que Presidente de una República puede ser cualquier infeliz, en tanto que Guillermo Valencia no hay sino uno... Afortunadamente lo derrotaron, porque en el poder no hubiera hecho nada. Con el agravante de que todos, inclusive él mismo, habrían esperado algo extraordinario.. para encontrarse luego con que en la primera magistratura el espíritu más amplio y más rebelde no halla más camino que el de la rutina.

—En Colombia el arte es con frecuencia un escalón de la carrera política.

—Aquí sucede lo contrario: el arte y la política están irremisiblemente divorciados... dignamente divorciados.

—¿Qué impresión guarda usted de Darío?

—Con Darío fuimos muy amigos... En su obra literaria hay mucha paja. Lo que vale verdaderamente es lo que él produjo a fuerza de estudio y consagración... Lo demás es el fruto raquítico y doloroso de la vida que tuvo que llevar contra su voluntad... Yo lo conocí a fondo. Rubén Darío era un hombre nacido para el hogar. El habría sido feliz con una casita de campo, blanca, tranquila, donde hubiera podido encerrar todos sus afectos... pero la existencia tuvo con él el mayor de los sarcasmos: lo sumió en la bohemia de que él iba huyendo como de una mala sombra.. Su juventud fué un continuo azar que le despedazó las más bellas aspiraciones.

—¿Y Nervo?

—Fuimos muy amigos también... pero Nervo no me convenció mucho como poeta. Yo no creo que el arte y la filosofía puedan hermanarse. Mi opinión es que todo lo que tiene algo de poético brota espontáneamente del sentimiento.

Yo, que consideraba a Lugones como un poeta imaginativo, le dije:

—¿Qué papel juega la fantasía en el arte poético?

—Un papel secundario. Sirve para realzar los sentimientos.

—Entonces, ¿cuando usted describe la naturaleza refleja en sus imágenes un sentimiento?

—Sí.

—Yo he leído obras suyas en las

que me parece encontrar tan sólo un derroche de imaginación... ¿No cree Ud. que en estos casos la emoción de usted es solamente un producto de la fantasía?

—No creo que la fantasía por sí sola pueda producir arte. Las metáforas, si son rebuscadas, caen en la vulgaridad; si son espontáneas, se producen como reflejo del corazón.

—¿Entonces usted canta a la naturaleza porque la ama?

—La naturaleza es lo único que yo amo.

—¿Y la mujer?

—La mujer forma parte de la naturaleza. Podemos amarla lo mismo que a un paisaje. No hablo del amor sexual, que es la voz de la especie y nada tiene que ver con nuestra individualidad. La especie es superior a nosotros y somos irresponsables de lo que hacemos bajo su dominio. Hablo del amor platónico... o pseudoplatónico, porque a Platón no se le pasó nunca por la mente lo que le atribuyen. Esto es una adulteración que han hecho los filósofos cristianos.

—Entonces, para usted el amor es la belleza.

—Sí... El amor es la atracción que sentimos hacia algo que nos parece bello... y que puede ser una mujer o un paisaje.

EL RETRATO DE LUGONES.

—¿QUERRÍA hacerme usted el favor de darme el retrato para «Cromos»?

—No tengo retratos. Yo considero inútil y hasta ridículo ir a la fotografía. Está bien que se exhiba la figura de hombres que tengan belleza física; pero la cara de un hombre feo como yo, nada tiene que ver con sus obras. El rostro es algo que vale de por sí o no vale nada. En mi caso es una forma absolutamente insignificante que se arrugará, se morirá para que vengan formas nuevas... se convertirá en una calavera. Si quiere usted publicar mi retrato, consiga el de cualquier persona que tenga una belleza plástica semejante a la de mis obras y póngale debajo: Leopoldo Lugones, ilustre escritor argentino.

EL SIMBOLO DE LUGONES

CUANDO me despedí, Lugones me acompañó a la puerta diciéndome:

—Para mí no existen los países americanos de habla española, sino la América latina. Tarde o temprano desaparecerán las fronteras ridículas que hoy nos separan... Pero yo siento deferencias especiales por Colombia. De allá son los mejores amigos que he tenido... Sanín Cano... Santiago Pérez Triana, que era uno de los talentos más grandes de América... y los demás, ya se los iré nombrando, poco a poco, cuando vuelva por acá... Yo siempre estoy bajo llave. Si quiere que le abra dé tres golpecitos.

Desde que conocí a Lugones, el poeta se ha convertido para mí en el alma adolorida de aquel periodiquillo en que él hizo sus juveniles apostolados.

Leopoldo Lugones, entre el maremagnum de la gran urbe comercial, es el símbolo de una enérgica protesta humana.

LUIS ENRIQUE OSORIO

Buenos Aires, 30 de agosto de 1922.

(Cromos, Bogotá).

Hermanita

Frente al mar, ¿cuál es tu secreto?

A. A.

¡Silencio! Frente al mar ella medita.
Presume que está sola, y no está sola:
mi pensamiento, que acudió a la cita,
la envuelve en ilusión como una ola.
Silencio, ¡oh, corazón! Ella no sabe
que la contemplas con arrobamiento,
y que mi instinto audaz de hombre y de ave
burla la furia del mar y del viento.
Silencio, ¡oh, corazón! Ella medita...
En su frente un ensueño resucita
y en un airón de gracia se enarbola.
Dejadla meditar! Feliz quien fíe
su ensueño al oceano! Ella sonríe...
Presume que está sola... y no está sola...!

II

No está solo quien goza un pensamiento
o quien sufre un dolor. Ella lo ignora,
y la seducen en su arrobamiento
los tintes del paisaje y de la hora.
Blancos perros de lana enloquecidos,
llega en tropel la espuma hasta su planta,
interponiendo en desmayados ruidos
a una voz que solloza otra que canta.
Canto y sollozo! Júbilos y penas
de los tritones y de las sirenas
en los verdes palacios submarinos...
Dejadla meditar junto a la playa
donde el silencio vesperal subraya
la música del mar y de los pinos.

III

Está de azul frente al azul. Excluye
de su diafanidad torpeza o bruma.
Al verla junto al mar se reconstruye
la fábula de Venus en la espuma.
Afrodita de oro! Tu vestido,
—cielo, mar, ilusión,—copia el encanto
del último lucero suspendido
en la noche, en el alma y en el canto.
Afrodita de oro que medita:
¿qué regresión romántica palpita
en tu parque interior donde ha callado
todo cuanto en la infancia treme o grita?
Mira cómo mi alma está a tu lado.
Afrodita de oro...! Mi Afrodita...!

IV

El pinar de la costa, que suspira
el dolor de tu íntimo secreto,
puede que se convierta en una lira
para poder cantarte en un soneto.
Yo soy como el pinar. Tu confidencia
sufre inquietud de sol en lo que oculto:
de tanto estar en mí casi es cadencia;
por venirme de ti casi es un culto.
¿No sientes mi presencia todavía?
Te miraré a la nuca donde un día
el madrigal se transformó en ternura...
Piensa, en la identidad de tus amores,
cómo tiene el pinar tantos rumores
y cómo tiene el mar tanta amargura.

V

Afrodita de oro...! No estás sola:
ángel guardián, mi corazón te vela;
envuelve tu ilusión como una ola,
va tras de ti como tu propia estela.
No está sola quien goza un pensamiento
o quien sufre un dolor.
Viene a la cita,
invocado por ti, mi sentimiento.
Afrodita de oro. . Mi Afrodita...!
No vuelvas el recuerdo a cuanto ha sido
rosa que presumimos amaranto,
frágil ayer que destrozó el olvido.
Cielo, mar, ilusión...! Copia el encanto
del último lucero suspendido
en la noche, en el alma y en el canto...!

AGUSTÍN ACOSTA.

1922.

(El Fígaro, Habana).

Libros y folletos de ocasión a precios módicos

Tenemos encargo de vender los siguientes:

Pedro Prado:
Ensayos .... ¢ 1.50
La Reina de Rapa Nui 1.50
Los Diez 2.00
Ml. Magallanes Moure:
La casa junto al mar 2.00
Alejandro Sux:
Los voluntarios de la libertad 1.50
J. Muñoz Escamez:
El Tempranerillo (Novela), los dos tomos 3.00
Por el camino más triste. Por Carlos Barella 1.00
Los subversivos. Por Agustín Torrealba 0.50
Liberación (Novel). Por Vera Zouroff 2.00
Por la gloria de San Ambrosio (Novela chilena). Por H. Henríquez. 3.00
Chile Nuevo. Por Maltrana (Anjel C. Espejo) 2.00
Nolo (Novela original). Por Luca. 2.50
Autores diversos:
El hombre que fué Jueves (Novela). Por G. K. Chesterton. Trad. y Prólogo de Alfonso Reyes 3.50
Como si fuera ayer. Por E. Rodríguez Mendoza (A. de Géry) 6.00
Reflexiones Históricas y Conceptos de Crítica. Por Diego Carbonell 5.00
Enrique Federico Amiel, Por R. F. Giusti 3.00
La Flauta de Onix. Por Arturo Borja. 2.00
Glosas. Por Eugenio D'Ors 3.50
Aforismos. Baltasar García 0.25
Los poemas de la serenidad. Ernesto A. Guzmán 0.25
Poemas. Carlos Guido y Spano 0.25
Artistas y Rebeldes (Poe, Tolstoy, Marx, Bakunin, Kropotkin, Wilde, Luisa Michel, etc.) Por Rodolfo Rocker 4.00
Salero criollo (Cuentos). Por José S. Alvarez (Fray Mocho) 2.50
Nicolai y el pensamiento social contemporáneo. Por Romain Rolland.. 1.25
Rojas: *La Celestina* 1.50
F. González del Valle: *La compañía de Jesús y el voto de pobreza* 1.00
Leonidas Andreiev: *Cuentos* 1.25
Varios autores: *Rodó y sus críticos*. 2.00
Cornelio Hispano: *En el Valle del Cauca* 3.00
A. Posnarisky: *La hora futura* 2.00

Se seleccionan las doce mujeres norteamericanas más eminentes

Nueva York.

La controversia pública suscitada por la prensa con el objeto de escoger entre las contemporáneas las doce mujeres más eminentes, y que fué iniciada por una escritora chilena al preguntárselo a la «Liga Nacional de Sufragistas» ha sido solucionada ya, por lo menos en lo que respecta a dicha escritora, por Mrs. Carrie Chapman Catt, «Presidenta Honoraria de la Liga», y «Presidenta de la Alianza Internacional de Sufragistas.»

Y aunque a ella se le ha escogido como a una de los leaders en muchas de las listas sometidas al público, Mrs. Catt rehusa colocarse entre las elegidas y escoge a Charlotte Perkins Gilman, Jane Adams, Mrs. Raymond Robins, Mrs. Carey Thomas, Julia C. Lathrop, Mary Roberts Rinehart, Mary Bradford, Dr. Katherine Bement Bavis, Annie Morgan, Ella Boole, Cecilia Beaux y Maud Park.

Elijo en primer lugar a Charlotte Perkins Gilman, dice Mrs. Catt porque ella coadyuvó al movimiento feminista durante cierto período por medio de una constante producción de libros a base científica, de los cuales «La mujer y la Económica» es a mi parecer el mejor. Estos libros fueron ampliamente leídos por toda clase de gente y así revolucionaron las ideas sobre la actuación de la mujer, no sólo en los hombres de su país, sino de los otros países.

Viene luego Jane Adams, una de las más notables entre nuestras mujeres; ella fué la iniciadora de «The settlement movement» que ha sido secundado ahora por todos los demás países. Hull House en Chicago constituyó su gran triunfo. Para demostrar lo que puede hacerse en favor de dicha obra ha viajado por los diferentes estados enseñando a la mujer de la clase privilegiada como puede proteger a la mujer de la clase pobre.

Siguen:

Mrs. Raymond Robin, mujer rica, educada y llena de comodidades, que ha consagrado muchos de los mejores años de su vida a la organización de obreras, ayudándolas a mejorar sus condiciones y estableciendo leyes para su protección.

Mrs. Carey Thomas, presidenta retirada del Bryn Maur College, no es solamente una sufragista, sino que ha alumbrado el camino a las mujeres que quieren seguir una educación científica superior, y ha facilitado oportunidades a las jóvenes de su nación.

Julia C. Lathrop, conocida como jefe del departamento de niños, puesto que le fué concedido a causa de su anterior trabajo, destinado a procurar el bienestar de los niños; y ciertamente el bienestar de que disfrutan los niños de su país es superior al de que disfrutan los de los otros países, debido a su constante servicio y a la consagración de sus energías a favor de dicha obra.

Mary Roberts Rinehart, que es a mi parecer la mejor entre las numerosas escritoras de influencia y de nota.

Mary Bradford, Superintendente que fué de la Instrucción Pública en Colorado, es la reorganizadora de todas las escuelas de su estado y la iniciadora del movimiento destinado a mejorar las escuelas rurales hasta igualarlas con las de la ciudad.

Dr. Katherine Bement Davis, conocida como leader y fundadora de varias reformas sociales. Fué jefe durante muchos años de una institución, la primera en hacer experiencias psicológicas con niñas. Al presente trabaja en su campo de actividades bajo la dirección del Instituto Rockefeller.

Annie Morgan, quien ha consagrado sus energías a la obra magna de rehabilitar a la Francia.

Ella Boolé, «Presidenta de la Unión Cristiana de Temperancia», continuadora del movimiento presenciado en esta última centuria a favor de la temperancia, y que constituye uno de los factores más grandes de progreso en Norte América.

Cecilia Beaux, la artista más popular y probablemente superior a todas las demás.

Y Maud Wood Park, Presidenta de la «Liga Nacional de Sufragistas», quien está poniendo los cimientos para asegurar la ciudadanía efectiva de la mujer durante el presente y el futuro.

(The Foreign Press Service, N. Y.)

(Trad. de Marta Loría)

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de donde proceden.

El despotismo y su guardián

POR LUIS ARAQUISTAIN

DECIDNOS cuál es el régimen policiaco de un país y os diremos cuál es su sistema de gobierno. Una democracia puede prescindir de la policía política, porque descansando sus gobernantes en la voluntad general, en la confianza de los gobernados, no turba su conciencia ninguna idea de peligro. Sólo cuando toma incremento el despotismo, crece también la extensión y el poder de la policía. El déspota, que ha logrado su omnipotencia destruyendo gradualmente todos los poderes que le hicieron y consolidaron después de servirse de ellos, siente la soledad de su poderío y se cree rodeado de enemigos, intrigas y conspiraciones por todas partes. Entonces otorga excepcional ingerencia y prestigio al poder poliaco, que convierte en una especie de guardia privada, hasta hacerle supremo, más fuerte que los otros poderes del Estado y que las mismas leyes. De ese modo, el humilde esbirro, que vivía oscura y vergonzantemente en la democracia, adquiere jerarquía ministerial en el despotismo. En rigor, es el primer ministro del déspota.

No es un capricho de la Revolución francesa la creación de un ministerio de la Policía el 1º de enero de 1796, ni las supresiones y restauraciones de que fué objeto hasta el 21 de junio de 1853, en que desaparece definitivamente. La dictadura política exige el instrumento de la dictadura policiaca. El Terror tiene la tragicómica virtud de aterrar, de rechazo, a los mismos que lo ejercen, y de inducirles a buscar protección en los infinitos tentáculos de una policía omnipotente y omnipresente. Pero, a su vez, cuando el poder de la policía ha crecido demasiado, el déspota, que no se fía de nada, se vuelve contra ella y reduce su potencia. Nacida del peligro o de la manía persecutoria en que acaba cayendo el déspota, la dictadura policíaca suele ser cercenada cuando el déspota ve en ella, que le ha amparado, un nuevo peligro. Por eso el Consulado suprime, en 1802, el ministerio de la Policía que se crea en 1796; se le restaura en 1804, y vuelve a ser suprimido a la caída del Imperio; reaparece en 1815 con la Restauración, y torna a desaparecer en 1818; por última vez, renace en 1852, y se extingue para siempre en 1853. Es como la sombra de un despotismo vesánico: unas veces compañera leal y tranquilizadora, otras espectro que sorprende y sobresalta.

No se concibe a Napoleón sin Fouché, el duque de Otranto. Ambos son geniales. Al genio despótico de Napaleón corresponde el genio policíaco de Fouché. Los dos son también hijos de la Revolución, y los dos la traicionan sin ningun escrúpulo, llevados de la misma ambición personal. El cinismo de Fouché, sobre todo, no tiene límites. Después de servir a la Revolución, se pone a las órdenes de Napoleón, y más tarde de la Restauración. Pero, en realidad, a nadie sirve sino a sí mismo. Es uno de esos extraños caracteres, maravillosamente dotados para la intriga y la acción tenebrosa, que buscan en la sombra el éxito y el imperio, como geniales tramoyistas de la tragicomedia humana, mientras otros, como Napoleón, gustan del primer plano y de la luz de las candilejas. Pero Napoleón no puede prescindir de Fouché porque sabe que, a la vez que le protege las espaldas de rivalidades y complots, está a merced suya. Es su guardián y su posible enemigo. En varias ocasiones Napoleón crea en secreto una policía personal para defenderse de la de Fouché y vigilarla; pero el gran capitán de los campos de batalla no puede competir con el gran caudillo de este otro ejército de las tinieblas, que era titularmente el ministerio de la Policía, y de hecho, con frecuencia, el ministerio supremo. Hasta que en 1810 se decide a despedirle.

Uno de los secretos de la fuerza de Fouché eran las grandes sumas de dinero de que disponía para sobornar a unos y a otros y conocer todas las intrigas que circulaban por los salones. El de Josefina, la mujer de Napoleón, era uno de los centros más importantes de su espionaje. Y la propia Josefina, uno de los principales instrumentos de información, gracias a las enormes cantidades de dinero con que Fouché recompensaba a la Emperatriz. Pero lo singular es el origen de esas cantidades. La naturaleza del poder policíaco de Fouché, tan misterioso que ni el propio Emperador conocía su alcance ni sus maniobras, le obligaba a buscar dinero fuera de las arcas del Erario público, pues una cuenta oficial de sus gastos hubiera revelado la red oculta de sus servicios. ¿Donde lo buscaba? Donde era más abundante y fácil de obtener: en los grandes manaderos del vicio. Es un fenómeno, comprobado en todos los tiempos y lugares, que con las épocas de profunda perturbación social, ya revolucionaria, ya contrarrevolucionaria, coincide un agudo desarrollo de la corrupción ambiente, en sus dos formas más habituales y correlativas: el juego y la

Cigarra de oro

[Cantarcillo inspirado en un trozo *nuevo* de M. Vincenzi, a quien lo entrego, con la ternura del poeta para el corazón del padre que tiene tan lindos hijos, en la canción dulce y candorosa de la compañera que comprende.—*C. L. S.*]

Cigarra, cigarra de oro,
cigarra del cigarral,
mi niño se está durmiendo,
¡a, aá, aá!...

Cigarra, cigarra de oro,
cigarra del cigarral,
yo canto para que duerma,
¡a, aá, aá!...

Cigarra, cigarra de oro,
cigarra del cigarral,
¿estás durmiendo los soles?
¡a, aá, aá!...

Cigarra, cigarra de oro,
cigarra del cigarral,
mi niño ya está dormido,
¡a, aá, aá!...

CARLOS LUIS SÁENZ

X, 922

prostitución. En estas dos fuentes de dinero circulante abrevaba Fouché su caja del ministerio de la Policía para atender a los enormes gastos de su función y, de paso a su fortuna privada. Merece señalarse ese hecho histórico, tan repetido después en otros períodos y países.

Pero así como el despotismo es, más que un sistema, un solo hombre, también suele ser una personalidad la dictadura policíaca. Policías autócratas los ha habido muchos; Fouchés, muy pocos. El último ministro de la Policía en Francia es M. de Maupas, pequeño como Napoleón el pequeño, que le elevó a tal rango; sólo un Napoleón el Grande y su tiempo podían haber tenido un gran polizonte como Fouché. Cuando el despotismo político carece de grandeza, también es grotesco el despotismo policíaco, la correspondencia entre la calidad de ambos poderes es siempre rigurosa. Un policía de genio como Fouche crea su poderío secretamente, en una serie infinita de tentáculos invisibles. Pero un polizonte de opereta busca los atributos de su poder en una cómica acumulación de instrumentos ostensibles y ruidosos de persecución y vigilancia, que sólo pueden mover a risa. Sin embargo, no es suya la culpa. Un despotismo de gran estilo no tolera un régimen policíaco entre cómico e irritante. Una policía es el mejor espejo del sistema de gobierno de un país. Nada pinta mejor la psicología de un despotismo que la psicología del que le sirve como dictador policíaco. Decidnos con que policía andáis y os diremos quién sois.

(*El Sol*. Madrid).

Luminia

(ORACIÓN MATINAL)

PARA aquella que ha entrado y florecerá en mi espíritu, como una estrella nace y florece en una noche oscura;

para aquella que jamás conoció la mentira, en cuya alma límpida el dolor se convierte en luz, y la luz en amor;

para aquella que sabe «amarlo todo para comprenderlo todo, y comprenderlo todo para perdonarlo todo»;

para aquella a quien el mundo ignora; perla escondida en un mar insondable, a quien yo descubrí por bendita merced de mi destino;

para aquella que tiene el corazón tan grande como la mente; que es dulce como una corderilla, ingenua como un niño, profunda como el mar y clara como el alba;

para aquella de quien yo aspiro a ser un reflejo; fuente que saciará mi sed, aurora que alumbrará mi noche, fragancia que confortará mi flaqueza, agua pura que lavará mis culpas, esperanza que sostendrá mi vida;

para aquella que sabe ser libre como el huracán y dócil y suave como el pétalo de una rosa;

para aquella que ríe y sonríe, que ora y canta y llora, como las ondas del mar en una playa solitaria;

para aquella que lleva en el cerebro un lucero y en el corazón una rosa;

para aquella cuyos ojos divinos se posaron en mí; a quien no soy digno de amar; a quien nombro calladamente en el santuario velado de mi espíritu!...

Que su memoria bendita acoja mi recuerdo; que su corazoncito diamantino palpite alguna vez por mí!...

ALBERTO MASFERRER.

Cabos sueltos

LA Compañía de Teléfonos y de Fuerza Motriz del Norte de Kansas, dice a sus empleados: «Ahorren parte de sus salarios o perderán su puesto». El plan ha dado resultados. Todo empleado tiene que ahorrar un diez por ciento. Muchos ahorran un treinta por ciento. Parece ideal en cuanto a ese grupo se refiere. Pero supónganse que todo el mundo ahorrara y se independizara a los cuarenta años: ¿qué es lo que acontecería a la actual estructura social? Que la mayoría irreflexiva continúe gastando es la fortuna para la minoría reflexiva.

———

JOHN D. Rockefeller, Jr., elogia a Henry Ford, comparándolo con su padre. «Ambos son hombres que se han hecho a sí mismos. Ford es un hombre de elevado espíritu, actividad, sinceridad y sencillez».

La admiración es mutua. Henry Ford manifestó al que esto escribe que él consideraba a la Standard Oil Company, de Rockefeller, como la firma de negocios más hermosa y mejor administrada de los Estados Unidos, y a Rockefeller, lo que quiere decir hoy John D. Rockefeller, Jr., «al hombre ideal de negocios americanos».

En aquella oportunidad mostraba al que esto escribe un pequeño motor de ocho cilindros que pudiera colocarse en un automóvil para venderlo a $ 250: algo que en aquel tiempo parecía imposible. Espera solucionarlo todo de tal manera, que todos puedan dirigirse a una estación de la Standard Oil, dejar su máquina, pagar una diferencia de $ 25 y coger una nueva.

Rockefeller y Ford, admirándose uno a otro, recuerdan, en el campo de la finanza, la admiración de César por Alejandro. Ford y Rockefeller son el César y el Alejandro de los modernos ejércitos: esos ejércitos de pequeños pesos, que ascienden a cientos de millones, que nunca comen ni duermen, que están siempre combatiendo, siempre obedeciendo órdenes, y que todos los años tienen unos hijos que se llaman dividendos.

———

«Si usted necesita un buen cerebro, eduque a su bisabuelo». He ahí un viejo refrán. El refrán moderno es: Si usted quiere que los hijos de la nación tengan buenos dientes, procure que las madres se alimenten apropiadamente.

Un ejército viaja con su estómago, según Napoleón. Un individuo viaja con sus dientes. Sin ellos no hay salud buena. Sin buena salud no se logran grandes resultados. Sin madres inteligentemente y bien alimentadas no hay buenos dientes para los hijos. Eso debería interesar al Gobierno tanto como la ración para la puerca en estado de gestación. Pero no le interesa. Si usted sugiere que el gobierno, en esta generación, proteja a las madres por el bienestar de la generación que no ha nacido, oirá los gruñidos de una gran variedad de tontos.

A. BRISBANE.

(*El Mundo*, La Habana).

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica